

EL DESARROLLO DE LA PERSONA HUMANA

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás *

Creer es ley de vida. Los animales crecen movidos por un impulso interior. Los hombres estamos también destinados a crecer de modo acorde a nuestra naturaleza —que es biológica y espiritual—, pero nuestra vida no nos viene programada del todo por la especie. Debemos configurarla nosotros, y, para ello, necesitamos conocer y acatar las leyes del desarrollo personal. Por eso hemos de prepararnos para ser *líderes auténticos*, es decir, guías que sepan orientarse a sí mismos y orientar a otras personas por la vía que conduce hacia el pleno desarrollo de la personalidad.

I. NECESIDAD DE AUTÉNTICOS LÍDERES

Tras unas décadas de desprestigio debido a ciertos acontecimientos políticos, el término «líder» vuelve hoy día a valorarse positivamente en cuanto alude a una tarea decisiva que nos atañe a todos los ciudadanos. Somos *personas* y nos desarrollamos como tales creando vida de *comunidad*. Esta vida de responsabilidad mutua sólo podemos configurarla cuando conocemos a fondo lo que es nuestra realidad personal, las exigencias que plantea para desarrollarse normalmente, cuál es su ideal o su meta. Este conocimiento nos permite alumbrar *claves de orientación* lúcidas, de las que se desprenden *pautas de conducta* certeras. El que ofrece a los demás tales claves es un *guía*, un auténtico *líder*, y el bien que puede hacer a la comunidad, sea cual fuere su rango social, es insospechado.

* Sesión del día 18 de febrero de 2003.

Para ejercer la función de líderes actualmente, debemos hacernos cargo de la situación de desvalimiento espiritual en que nos hallamos.

Una deficiente comprensión de la cultura

El gran humanista y científico Albert Einstein nos hizo esta grave admonición: *«La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo excepto nuestra forma de pensar. Por eso nos encaminamos hacia una catástrofe sin igual»*. El estilo de pensar, sentir y querer que nos está exponiendo a una catástrofe es, sin duda alguna, *el ideal de la Edad Moderna*, que inspiró un proyecto optimista de *«más ciencia, más técnica, más dominio de la realidad, más bienestar y, consiguientemente, más felicidad»*. Este ideal centrado en un tipo de conocimiento dominador y utilitarista reportó inmensos éxitos a la humanidad, pero al final provocó dos hecatombes mundiales.

Tras el primer conflicto (1914-1918) surgió un clamor en toda Europa pidiendo un cambio de ideal. Decenas de pensadores eminentes —los fenomenólogos, los existenciales, los dialógicos...— nos legaron en sus densas y numerosas obras un mensaje esencial: *«Urge dar un giro espiritual y sustituir el ideal del dominio por el ideal de la solidaridad, el ideal de la prepotencia por el ideal del servicio»*. Hacia 1927, Romano Guardini, un lúcido hombre de frontera, creyó ver en el horizonte la llegada de un hombre nuevo, que ama la ciencia y la hace más humana, cultiva la técnica y la vive de forma más espiritual¹.

«Nuestro lugar está en el futuro. Debemos adherirnos a él, cada uno en su lugar. No oponernos a lo nuevo e intentar conservar un mundo bello que tiene que perecer. (...) Tenemos que transformar el devenir. Pero esto sólo podemos hacerlo si lo aceptamos sinceramente (...). Amamos su imponente fuerza y su voluntad de responsabilidad. (...) Nuestra alma está conmovida por algo grande que pugna por surgir. (...) Tenemos que dominar las fuerzas desatadas y construir con ellas un nuevo orden orientado hacia el hombre». «Un nuevo tipo de hombre debe surgir, un hombre de profunda espiritualidad, de un nuevo sentido de la libertad y la intimidad, una nueva conformación y poder de configuración». Para evitar que se malentienda su postura humanista como una forma de neoromanticismo anticientífico, Guardini expone nítidamente su visión ideal de la nueva época: «Lo que necesitamos no es menos técnica sino más; mejor dicho: una

¹ Cfr. *Briefe vom Comer See* (Cartas del lago de Como), M. Grünewald, Maguncia, 1927, pág. 89.

técnica más fuerte, más reflexiva, más "humana". Más ciencia, pero más espiritual, mejor conformada (...).²

Este texto programático recoge con brillantez y fidelidad el sentir de aquel momento de encrucijada en el cual Europa ardía en ansias de generar un hombre nuevo, una nueva forma de pensar y de vivir, una época nueva, verdaderamente post-moderna. Ese afán inspiró numerosos libros, con títulos bien significativos: *El hombre nuevo*, *El pensamiento nuevo*, *La nueva época*, *El mundo desde una nueva perspectiva...*³.

Este afán renovador inspiró grandes cambios en algunos aspectos de la vida pero no dio lugar a un verdadero movimiento de cultivo de la vida del espíritu. En buena medida, la cultura siguió siendo —como delató tempranamente Ferdinand Ebner⁴— un mero «soñar con el espíritu», no una auténtica vida espiritual. La vida de la sociedad siguió orientada hacia el viejo ideal del dominio y sobrevino la segunda guerra mundial (1939-1945). En la posguerra se produjo otro clamor a favor de un nuevo ideal, pero tampoco esta solicitud obtuvo el debido eco.

La sociedad occidental se encuentra desde entonces en la situación ambigua y menesterosa de quien ha perdido el ideal antiguo y no logra sustituirlo por otro más adecuado a la realidad de personas y comunidades. Hoy no podemos ilusionarnos con un ideal que hizo quiebra trágicamente en dos conflictos mundiales, pero todavía no hemos optamos por un ideal nuevo que sea realmente fiable y suscite nuestra adhesión incondicional. Vivimos sin un ideal propio. Navegamos sin brújula en medio de un vendaval.

La falta de un verdadero liderazgo

Configurar una época nueva, un pensamiento nuevo, un hombre nuevo requiere un cambio radical de mentes y actitudes, y tal cambio implica sustituir *el ideal egoísta del dominio* por *el ideal generoso del respeto y la colaboración*. Realiz-

² Op. cit., pág. 89.

³ Cfr. H. HERRIGEL, *Das neue Denken*, Berlín 1928; Th. STEINBÜCHEL, *Der Umbruch des Denkens*, Pustet, Regensburg, 1936; F. ROSENZWEIG, *Das neue Denken*, en *Kleinere Schriften*, Schocken, Berlín, 1937; GEBSER y otros, *Die Welt in neuer Sicht*, Barth, Munich, 1957.

⁴ Cfr. *La palabra y las realidades espirituales*, Caparrós, Madrid, 1993, págs. 31, 122, 203, 207 (*Das Wort und die geistigen Realitäten*, Herder, Viena, ²1952, págs. 31, 148, 253, 258); *Das Wort ist der Weg*, Herder, Viena, 1949, págs. 87, 211. Véase, sobre Ebner, mi obra *El poder del diálogo y del encuentro*, BAC, Madrid, 1997, págs. 37 y sigs.

zar este giro no es tarea fácil para personas, como las actuales, sobre las que gravitan cuatro siglos de cultura dominadora y posesiva. Por eso necesitamos guías expertos que nos muestren de forma persuasiva que, si queremos vivir como personas, hemos de ascender del *nivel 1 de conducta* —caracterizado por el afán de manejar objetos, dominarlos y ponerlos al propio servicio— al *nivel 2*, en el que vemos las realidades del entorno como fuentes de posibilidades y procuramos crear con ellas relaciones fecundas de encuentro.

Estos guías o líderes no abundan actualmente. La sociedad suele entorpecer su formación pues tiende a cultivar el *reduccionismo* —la reducción injusta del valor de la vida humana—, la *manipulación* —el trato de las personas como si fueran meros objetos—, el *intrusismo* —la osadía de hablar en público de temas trascendentes sin la debida preparación—, y el *hedonismo* —el afán desmedido de acumular sensaciones placenteras—.

En este clima de desconcierto resulta muy penosa la falta de líderes auténticos. En una entrevista televisiva, un joven de 18 años manifestó lo siguiente:

«Hasta hace poco yo era totalmente feliz. Adoraba a mi madre, estaba entusiasmado con mi novia, sentía ilusión por mi carrera. Pero me entregué al juego de azar y me convertí en un ludópata. Ahora, ni mi madre, ni mi novia, ni mi carrera me interesan nada. Sólo me interesa una cosa: seguir jugando. Me veo atado al juego. Y lo que más me duele es que empecé a jugar libremente, y ahora me veo hecho un esclavo».

¿Le explicó alguien a tiempo a este desventurado lo que es el proceso de *vértigo* o *fascinación*? Parece que no. Ni siquiera el psicólogo que dirigió la entrevista aprovechó la circunstancia para darle una mínima clave de orientación. Pudo haberle indicado simplemente que su desgracia comenzó al confundir la *libertad de maniobra* con la *libertad creativa*. ¿Algún formador le indicó, a lo largo de los años de estudio, que existen estas dos formas de libertad y confundirlas bloquea nuestro desarrollo personal y nos lleva al infortunio? Ese maestro hubiera sido un *líder auténtico*, una persona que conoce lo que es la persona humana, cómo se desarrolla y cómo se destruye, y sabe comunicarlo a niños y jóvenes para que *aprendan a prever*. El que sabe prever sabe *prevenir*, y evita así de raíz mil problemas. El que no sabe prever es una persona desvalida, expuesta a riesgos abismales.

Por eso es tan preocupante observar que muchos jóvenes estudian ética en diversos momentos de su carrera y llegan a quinto curso de universidad sin conocer las leyes del desarrollo humano. Les preguntas qué función ejerce el egoísmo en la vida personal y se quedan perplejos. En su *Diario íntimo*, Miguel de

Unamuno confiesa que es un enfermo de egoísmo, y añade: «*Ya no volveré a gozar de alegría. Lo preveo. Me queda la tristeza por lote mientras viva*»⁵. ¿Por qué vincula Unamuno el egoísmo y la tristeza? Si un joven contesta con precisión a esta pregunta, demuestra saber qué actitudes le ayudan a crecer como persona y qué otras bloquean su desarrollo. Ese joven está formado. No lo está todavía el que ignora la relación que hay entre nuestras actitudes y nuestros sentimientos: egoísmo y tristeza, generosidad y alegría... Esta laguna le impedirá prever qué va a ser de él cuando adopte tales o cuales actitudes. Apenas podrá guiar sus propios pasos y, menos todavía, encauzar debidamente a otros. No podrá ser un líder, en sentido radical.

En la película de I. Bergman *El silencio*, una joven le dice a su hermana con aire exultante: «*¡Fíjate qué fantástico! Tengo relaciones íntimas con un extranjero y, como no sé su lengua ni él sabe la mía, no podemos hablarnos...*». Un joven que oye esto ¿se da cuenta de la actitud que adopta esa jovencita en su vida y de los riesgos que implica para ella? Si cree que es una simple excentricidad sin importancia, padece una ceguera espiritual hartamente peligrosa.

Para superar esta especie de «analfabetismo espiritual» se requieren *líderes auténticos*, personas que sepan ver con hondura la situación en que estamos y sean capaces de dar claves de orientación que preparen un futuro mejor. Tales líderes nos faltan hoy en buena medida.

- Muchos políticos y periodistas se muestran contrarios al consumo de estupefacientes y colaboran a la reinserción de los drogadictos, pero a veces destruyen ellos mismos de raíz esta benéfica labor cuando, a través de los medios a su alcance, difunden una *mentalidad bedonista*, de la que arranca la tendencia a dejarse arrastrar por diversas formas de vértigo, cuyo punto de arranque es la actitud de *egoísmo* que late en dicha mentalidad.

- De modo semejante, ciertos escritores delatan el incremento actual de la violencia pero practican el *reduccionismo*: reducen el *amor* a mera *pasión*, la *libertad creativa* a *libertad de maniobra*, libertad desgajada de los grandes valores, expresados a través de ciertas normas morales. Según la investigación ética actual, este tipo de reduccionismo es fuente de violencia.

- En los últimos años, diversos gobiernos nacionales dictaron leyes de educación con el propósito de formar personas cabales, que sepan pensar bien, razonar con rigor, decidir de forma equilibrada, incluso practicar la virtud... Pero

⁵ Cfr. *Op. cit.*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, pág. 123.

¿supieron mostrar el camino para conseguir esa espléndida meta? Lamentablemente, no siempre. Suelen exigir a los profesores que «enseñen» a los alumnos valores y creatividad. Pero ni la creatividad ni los valores se *enseñan*; se *descubren*. La tarea del educador consiste en sugerir a niños y jóvenes que hagan las experiencias necesarias para *descubrir por sí mismos* cómo se desarrollan en cuanto personas. Este descubrimiento se realiza en doce fases.

II. LA EXPERIENCIA DEL CRECIMIENTO ESPIRITUAL A TRAVÉS DE DOCE DESCUBRIMIENTOS

El descubrimiento de los ámbitos, las experiencias reversibles y el encuentro

Según la investigación actual más cualificada —la Biología, la Antropología, la Ética...—, todo ser personal es un «ser de encuentro»: vive como persona, se desarrolla y madura como tal creando toda suerte de encuentros. En consecuencia, *nada hay más importante para nosotros que saber lo que es el encuentro, qué exigencias plantea y qué frutos reporta*⁶.

Ese saber decisivo no podemos alcanzarlo si pensamos que todas las realidades de nuestro entorno pueden ser manejadas como si fueran meros *objetos*. Si un joven adopta esa actitud manipuladora para ponerlo todo a su servicio, no comprenderá nunca lo que es el encuentro y cómo debe comportarse para crecer personalmente. Ya empezamos a descubrir qué *forma* o *estilo de pensar* resulta hoy inadecuado y ha de ser sustituido rápidamente por otro más ajustado a nuestro ser de personas.

Este descubrimiento inicial nos hace ver que, antes de enseñar a niños y jóvenes lo que es el ser humano, debemos ayudarles a *adoptar la actitud ante la vida que viene exigida por nuestra condición de personas*. Para ello, debemos sugerirles que realicen las experiencias adecuadas para descubrir que una persona no se reduce a mero objeto. ¿Qué tipo de realidad presenta? Para contestar adecuadamente, hemos de aprender a mirar a nuestro alrededor de forma penetrante.

• Una partitura puede ser vista sólo como un *fajo de papel*, por tanto como un objeto: una realidad que podemos ver, tocar, medir, pesar, manejar... Este

⁶ Sobre este decisivo tema pueden verse mis obras *Estética de la creatividad Juego.Arte.Literatura*, Rialp, Madrid, ³1998, págs. 183 y sigs.; *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid, ³2002, págs. 131-176.

modo de mirar tiene un valor, pero debe ser complementado con otro de mayor rango: el que ve ese objeto como una *partitura*, un conjunto de signos que nos ofrece la posibilidad de conocer una obra musical e interpretarla. Por ser una *f fuente de posibilidades* para quien es capaz de asumirlas activamente, la partitura tiene un modo de ser superior al de los objetos pero inferior al de los sujetos. *Sujeto* es el autor de la obra. *Objeto* es el material de que está formada. La partitura tiene una condición *relacional* —es una trama de elementos interrelacionados—, *abierto* —otorga diversas posibilidades al intérprete— y *fecunda* —pues, al ser asumida activamente por el intérprete y convertida en su voz interior, hace posible dar nueva vida a la obra musical que expresa—. Debido a esta triple condición, la partitura se parece más a un «campo de realidad» que a un mero objeto.

Para distinguir este peculiar *campo de realidad* del espacio entendido vulgarmente como el lugar en que se hallan las realidades materiales, vamos a llamarle «ámbito».⁷ Debemos acostumbrarnos a considerar como «ámbitos» las realidades que están abiertas a otras y, al vincularse a ellas, dan lugar a «ámbitos» de mayor envergadura.

- De forma semejante, un piano, visto como mueble, es un objeto; visto como instrumento musical, es un «ámbito», pues ofrece al pianista un serie de posibilidades de sonar.

- Un ser humano, por ser corpóreo, puede ser medido, pesado, manejado..., como si fuera un objeto. Pero no está cerrado en sí; tiene múltiples relaciones con los padres, los hijos y los amigos, el pasado y el futuro, su trabajo profesional y sus actividades artísticas y religiosas... Es concreto y delimitado como los objetos, pero abarca cierto campo: tiene iniciativas, proyectos, deseos..., y los comparte con otras personas. Crea relaciones y llega con su influjo a realidades distintas de la suya. Constituye, por tanto, un «campo de realidad», un «ámbito».

El paso de los objetos a los ámbitos

A medida que nos abrimos a la vida, aprendemos a ver como ámbitos muchas realidades que en principio son —o nos parecen— simples objetos. Ese ascenso al nivel de los ámbitos es sugerido por el piloto al Principito cuando éste,

⁷ Sobre este importante concepto pueden verse mis obras *Estética de la creatividad*, págs. 183-321; *Inteligencia creativa*, págs. 35-43, 128-130; *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid, 2001, págs. 40-43.

al ver el avión sobre la arena del desierto, le pregunta: «¿Qué es esa cosa?». El piloto le corrige inmediatamente: «No es una cosa. Eso vuela. Es un avión. Es mi avión»⁸. Un avión, bien entendido, no es un mero objeto, ni tampoco un sujeto; es un «ámbito», el fruto del entreveramiento de las posibilidades de volar que ofrece eso que llamamos *avión* y la capacidad de asumirlas activamente un piloto.

Cuando convertimos una *tabla* en *tablero* de ajedrez o acotamos un trozo de terreno para que nos sirva de campo de juego, pasamos del nivel de los objetos al de los ámbitos.

Este ascenso marca un cambio en nuestra actitud. En cuanto fajo de papel, una partitura puede deteriorarse y ser cambiada por otra. Como expresión de una obra musical, no puede ser sometida a ningún cambio; merece un respeto incondicional.

Un carpintero hace una mesa. Al final, si no le satisface, la modifica o incluso la destruye. Esta destrucción puede no ser aconsejable por razones económicas, pero nadie podrá decir que quebranta los principios de la ética. Del *producto* de nuestro trabajo artesanal podemos disponer a nuestro arbitrio. No sucede así con los seres que son *fruto* de una confluencia de realidades. Un campesino deposita unas semillas en la madre tierra y espera a que el océano produzca vapor de agua y las nubes rieguen el suelo y el sol dore la mies... El trigo que recoge a su tiempo no es mero *producto* de su esfuerzo sino *fruto* de la acción mancomunada de diversas realidades. Por eso, el campesino considera la cosecha como un don y rehuye tirar una barra de pan a un cubo de basura como si fuera un mero desecho. Cada tipo de realidad exige una conducta adecuada a su rango. Un hombre y una mujer son libres para conjuntar sus potencias y engendrar un hijo. Pero no lo son para disponer de él como si fuera un objeto, un producto de un proceso fabril.

El descubrimiento de las experiencias reversibles

Una vez familiarizados con la existencia de los «ámbitos», realizamos un descubrimiento sorprendente: hay realidades en nuestro entorno que nos ofrecen posibilidades para actuar de modo creativo. Al unirse nuestras potencias y esas posibilidades, vivimos una experiencia «reversible», de doble dirección. Por ejem-

⁸ Cfr. *El principito*, Alianza Editorial, Madrid, ²1972, pág. 18; *Le petit prince*, Harbrace Paper-bound Library, Nueva York, 1943, pág. 11.

plo, declamo un poema y le doy vida, y lo hago porque el poema me impulsa a realizar esa acción y me inspira el modo adecuado de realizarla. De modo semejante, yo contribuyo a sostener una institución, y ésta me ofrece una serie de posibilidades que enriquecen mi existencia y me permiten vivir la vida de un grupo.

Al darnos cuenta de que podemos realizar diariamente diversas experiencias reversibles, adivinamos el tesoro que tenemos a mano todas las personas. Para asumir este tesoro e incorporarlo a nuestra existencia, sólo necesitamos cumplir una condición: *respetar el modo de ser de cada realidad y no reducirla a alguno de sus aspectos sino verla en toda la complejidad que presenta*. Uno de los momentos más emotivos de esa joya cinematográfica que es *Ben-Hur* se produce cuando el duro cónsul romano advierte que el galeote Judá Ben Hur —a quien había tenido atado al remo núm. 41— le acaba de salvar la vida, y le dice: *¿Cuál es tu nombre, 41?*. No llamar a una persona por su nombre propio sino por el número del remo que debe mover mecánicamente supone una reducción violenta de su rango como ser humano. Al advertir que ese hombre vejado no actuó con despecho antes le devolvió bien por mal, el altivo jefe da el salto del nivel de la prepotencia y el dominio —*nivel 1*— al de la creatividad y el respeto —*nivel 2*—. Si desea crear con Judá Ben Hur una relación personal de agradecimiento y amistad, el cónsul debe tomar en consideración cuanto implica aquél como ser humano, y esa totalidad —o *campo de realidad*— viene expresada por su nombre propio. El lugar que ocupaba el infortunado joven en la bodega de la galera servía para caracterizarlo de algún modo a efectos de control, pero era del todo insuficiente para designarlo como persona.

El cuidado en distinguir los distintos modos de realidad que existen y las diferentes actitudes que debemos adoptar respecto a ellos está empezando a darnos luz para comprender acontecimientos muy significativos de nuestra vida. Las experiencias reversibles —de doble dirección— sólo se dan entre seres que tienen cierto poder de iniciativa. Por eso, si queremos vivir tales experiencias y beneficiarnos de su inmensa riqueza, debemos respetar las realidades circundantes en lo que son y en lo que están llamadas a ser. El que no respeta una realidad podrá tal vez dominarla, pero se condena a no fundar con ella una fecunda relación creativa. Es creativa una persona cuando recibe activamente posibilidades que le permiten dar origen a algo nuevo, dotado de gran significación para su vida.

Estamos en un momento decisivo del proceso de formación humana. Para que el joven comprenda por dentro la fecundidad de las experiencias reversibles, hemos de invitarle a aprender de memoria un poema —por breve que sea— y reci-

tarlo una vez y otra con voluntad de darle toda su expresividad⁹. A los pocos minutos, el joven hará esta experiencia reveladora: *El poema —que era al principio distinto de él, distante, externo y extraño— se le ha vuelto íntimo sin dejar de ser distinto*. Se convirtió en su voz interior, en el impulso de su actividad como declamador. El poema le ha venido dado *de fuera*; pero ahora brota *en su interioridad* como si hubiera sido creado por él.

Este descubrimiento nos permite ahondar de modo insospechado en la vida humana pues nos adentra en el secreto de la actividad creativa. Al realizar experiencias reversibles, superamos la escisión entre el interior y el exterior, el dentro y el fuera, lo mío y lo tuyo. Al percatarse de esto, el joven da un paso de gigante hacia su madurez personal. Descubre, por ejemplo, que una norma que le viene dada *del exterior* es distinta de él pero puede hacérsele íntima si él asume activamente las posibilidades de vida que ella le ofrece. En consecuencia, las normas —cuando son acertadas y fecundas— no destruyen su libertad interior; la hacen posible si las asume de modo creativo. Al ver salvaguardada su *libertad creativa* —que es la verdadera libertad—, el joven puede lanzarse a vivir con entusiasmo una existencia fiel a normas y preceptos que se le revelan como eficaces. Difícilmente caerá en la tentación de prescindir de toda norma por afán de regir su conducta por criterios *proprios* e incrementar, así, su libertad y su independencia.

El descubrimiento del encuentro, los valores y las virtudes

En las experiencias reversibles creamos modos de unidad entrañables con las realidades del entorno porque vemos éstas como ámbitos. Cuanto más elevada en rango es la realidad con la que nos relacionamos, más valiosa puede ser nuestra unión con ella. El *encuentro* —visto en sentido estricto— es el modo privilegiado de unión que establecemos con las realidades personales, que son ámbitos dotados de un peculiar poder de iniciativa. Tengo una preocupación y te pido ayuda. Respondes a mi invitación ofreciéndome las posibilidades que tienes de pensar, expresarte, razonar, comprender situaciones y resolver problemas. Yo respondo a tu oferta de modo activo, poniendo en juego mis posibilidades. Tú influyes sobre mí, yo sobre ti, y entre ambos ordenamos nuestras ideas, las clarificamos y entrevemos una salida a la cuestión propuesta. Esta colaboración supone el entreveramiento de nuestros ámbitos de vida, la creación de un *campo de juego* común, un ámbito de encuentro. En él *participamos* el uno de la vida del otro, y compartimos nuestros gozos y nuestras penas, nuestros problemas y nuestros éxitos.

⁹ Puede realizarse la misma experiencia con una canción o una obra instrumental.

Para que este *campo de juego* tenga solidez, firmeza y estabilidad, debemos cumplir ciertas exigencias. La primera es la *generosidad*. Si soy generoso contigo, no te reduzco a medio para mis fines; te *respeto* y *estimo*, y, por tanto, *colaboro* contigo para que te realices plenamente. Esa colaboración implica que me *abra* a ti de modo *sincero* y *veraz*. El que se manifiesta a otro con falsedad no muestra una voluntad de entrega total, sino de reserva, y no engendra *confianza*. La desconfianza invita a cerrarse en sí y anula de raíz el encuentro. Sólo si tengo *fe* en ti y *confío* en que me vas a ser *fiel*, me muevo a hacerte *confidencias*¹⁰.

Si ves en mi apertura confiada hacia ti una búsqueda *desinteresada* de intimidad, no dudas en vibrar conmigo, en cualquier circunstancia. Esa capacidad de vibración se denomina *simpatía*. La apertura *simpática* al otro florece en una relación de encuentro si va inspirada por una decisión de *fidelidad*, entendida no como mero aguante sino como perseverancia en la voluntad de *crear* en todo momento lo que uno, un día, prometió crear en el futuro.

Las antedichas exigencias del encuentro encierran para nosotros —seres de encuentro— un inmenso *valor* porque nos permiten desarrollarnos como personas. Tienen *valor* la generosidad, la fidelidad, la veracidad... porque nos ofrecen posibilidades para encontrarnos. Si asumimos estas posibilidades en nuestra conducta, convertimos los valores en *virtudes*. «Virtudes» significa en latín *capacidades*. Las virtudes nos capacitan para crear formas auténticas de unidad y amistad.

Ahora vemos claramente que la forma de pensar, querer y decidir adecuada a nuestra condición de seres de encuentro es la que se muestra generosa, respetuosa, colaboradora, fiel, veraz, sincera, cordial...

El descubrimiento de nuestro auténtico ideal ilumina toda nuestra vida

Nos falta por descubrir la *meta* a la que debe orientarse esa conducta virtuosa. La descubrimos al vivir el encuentro y experimentar, con asombro, los *frutos* del mismo. Cuando nos encontramos de verdad, obtenemos energía para vivir con dignidad, y sentimos alegría, entusiasmo, felicidad, paz interior, amparo, gozo festivo. Siempre que hay encuentro hay fiesta. La experiencia de tales frutos nos lleva a la convicción interna de que *el valor más alto de nuestra vida es crear las for-*

¹⁰ Las palabras *fe*, *confianza*, *confiar*, *fidelidad*, *confidencia* proceden de una misma raíz latina: *fid*.

mas más elevadas de unidad, es decir, de encuentro. He aquí la característica más importante del nuevo estilo de pensar y de vivir: *considerar que nuestra vida se desarrolla plenamente cuando se orienta hacia el ideal del encuentro y dirige todas sus energías —corpóreas y espirituales— a crear las formas más elevadas de unidad con los seres del entorno.*

Al descubrir el ideal, se nos abre una perspectiva maravillosa, desde la cual descubrimos en qué consiste la verdadera libertad humana, cómo adquiere nuestra vida su plenitud de sentido, a qué tipo de creatividad estamos todos llamados, cuál es la función primaria del lenguaje y el silencio —vistos como vehículos natos del encuentro— por qué tienen tanta importancia en nuestra vida el pensamiento relacional y la afectividad, rectamente entendida.

1. *La libertad creativa.* La verdadera libertad no se reduce a liberarse de trabas externas. Consiste en distanciarse de las propias apetencias y elegir en cada momento las posibilidades que nos permiten realizar el ideal de nuestra vida. Esta forma de libertad presenta diversos grados según sea nuestra capacidad de liberarnos del apego a nuestros intereses. En la situación límite de un campo de concentración, varios reclusos son condenados a muerte. Al entrar en el calabozo donde van a morir de extenuación, uno de ellos se despide entre sollozos de su mujer y sus hijos. Al oírlo, un prisionero se ofrece a morir por él. ¿Es concebible una libertad interior tan grande que sea capaz de distanciarse incluso del instinto de conservación de la vida? Sólo puede ser libre en tal grado quien esté identificado de tal modo con el ideal de la unidad que todos los valores —incluso el de la propia vida— queden supeditados a su logro.

2. *La plenitud de sentido.* Nuestra vida está *bien orientada* y tiene, por tanto, *pleno sentido* cuando la ponemos al servicio del verdadero ideal, que es el valor que ensambla a todos los demás como una clave de bóveda. Una vida que corre en pos de un ideal falso puede tener fuerza e ímpetu pero carece de sentido, pues se halla desnortada; se vacía paulatinamente pues no crea relaciones valiosas. Ese vacío existencial es causa de múltiples desarreglos psíquicos, como bien ha mostrado el psiquiatra vienés Víctor Frankl ¹¹.

3. *Todos podemos y debemos ser creativos.* La creatividad no es una capacidad reservada a los genios, como suele pensarse desde el romanticismo. Ser crea-

¹¹ «El paciente típico del momento presente ya no padece tanto complejos de inferioridad, como en tiempos de Adler, cuanto sentimientos abismales de falta de sentido, asociados con una sensación de vacío; razón por la cual hablo de un vacío existencial» (cfr. *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn*, Piper, Munich, 1985, pág. 141).

tivo significa asumir activamente las posibilidades que nos ofrece el entorno para dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Toda forma de encuentro implica creatividad. Miguel Ángel fue creativo al plasmar en la Capilla Sixtina el mundo religioso cuyas posibilidades expresivas había asumido. Una madre que amamanta a su hijo con ternura es eminentemente creativa porque teje con él la «urdimbre afectiva» (J. Rof Carballo) que le va a permitir desarrollarse plenamente como persona. Colaborar a fundar modos de encuentro en el hogar, en el puesto de trabajo, en el centro académico o en el comercio... es una actividad rigurosamente creativa, no inferior —aunque menos espectacular— que las llamadas *creaciones artísticas*.

Al hacerse cargo de esta posibilidad creativa, millones de personas pueden superar graves situaciones de infraestima.

4. *Importancia del pensamiento relacional.* Todo ámbito tiende de por sí a relacionarse con otros. Si hemos de hacer justicia a la riqueza que implica, hemos de pensar de modo relacional. El pan y el vino parecen a primera vista meros objetos, pues son medibles, pesables, asibles, localizables en un lugar determinado. Pero son elaborados a base de *frutos* de la tierra: la uva y —por ejemplo— el trigo. Una espiga de trigo no la *produce* el agricultor. Este recibe de sus padres unos conocimientos agrícolas y unas semillas. Deposita éstas en la madre tierra y espera a que el océano evapore agua, se formen nubes, se rieguen los campos y, al fin, el sol dore la mies... Esta múltiple interrelación de elementos da lugar, un día, a que florezcan las espigas y obtengamos una cosecha de trigo. Esta es un *don*, no sólo el producto de un trabajo. Por eso tiene un alto valor *simbólico*. Remite a esa vinculación y se presta, por ello, a expresar de forma perfecta la unión entre una persona y el amigo que le invita a compartir con él el pan de la amistad.

El pensamiento relacional nos lleva, asimismo, a ver una sencilla ermita como un punto de confluencia de todo cuanto existe: la *tierra*, que facilitó los materiales de construcción y la base para edificar; el *espacio*, que alberga la edificación y la ilumina con su luz; los *creyentes*, que deciden crear un punto de encuentro entre ellos y el Dios al que adoran y ponen sus capacidades al servicio de esta empresa; la *divinidad*, a la que se consagra la ermita. Al terminar las obras, estamos ante un «edificio», no una «ermita». Ésta surge, como templo, en el momento en que la comunidad de los fieles se reúne en ella y entra en relación orante con Dios. Por diminuta que sea, la ermita constituye un lugar de confluencia de todas las realidades existentes, y adquiere así una dimensión infinita.

5. *El lenguaje y el silencio, vehículos del encuentro.* Lenguaje auténtico es aquel que no sólo sirve de *medio para* comunicarse sino de *medio en* el cual se

establecen formas de encuentro. El hecho de que los seres humanos seamos «locuentes» significa que venimos del encuentro amoroso de nuestros padres, que nos «llamaron» a la existencia, y estamos «invitados» a crear nuevas formas de encuentro. El hecho mismo de poder ser apelados y de responder nos insta desde nuestra primera infancia a movernos en el *nivel 2*, el de las relaciones personales, inspiradas en una actitud de generosidad, respeto y colaboración.

El silencio auténtico no se reduce a mera falta de sonidos; implica una actitud de atención a las realidades complejas. Las muchas palabras pueden distraer la atención. La actitud de silencio nos permite atender a diversos aspectos de la realidad al mismo tiempo y captar, así, la riqueza de las realidades y los acontecimientos que no están delimitados como los objetos sino que abarcan mucho campo por estar abiertos a otros acontecimientos y realidades.

Las palabras auténticas dan cuerpo y concreción a los ámbitos. Por eso a menudo poseen una insospechada fuerza expresiva, que nos lleva a exclamar: «*¡No me lo digas; que lo que hace daño es el lenguaje!*». Una palabra constructiva puede crear toda una vida. Una palabra destructiva puede deshacer toda una existencia. Cada palabra lleva en sí la vida de quien la pronuncia con autenticidad. Las palabras son, por ello, «moradas» en las que podemos y debemos inmergirnos para vivir del misterio que albergan.

El silencio auténtico es el *campo de resonancia* de la palabra auténtica. Por eso constituye el espacio natural de la contemplación poética, artística y religiosa. La palabra auténtica viene del silencio e invita al silencio. Antes de oír una obra musical valiosa, debemos recogernos. Y tras la audición, nuestra sensibilidad nos pide dejar que la obra resuene durante un tiempo en nuestro interior. Algo semejante sucede, en otro nivel, con la lectura y la proclamación de la palabra revelada.

6. *Función decisiva de la afectividad y el «ordo amoris»*. Al pensar de modo riguroso —concediendo a cada realidad todo su alcance— y vivir de forma creativa—comprometiéndose con las realidades que nos invitan a asumir activamente las posibilidades que nos ofrecen—, no sólo conocemos seres y acontecimientos, sino que vibramos con el valor que encierran. Esa vibración es el *sentimiento*. Los sentimientos no se reducen a meras sensaciones, reacciones espontáneas de nuestra sensibilidad ante ciertos estímulos. Son los modos como nuestra persona entera vibra al percibir un valor. Los sonidos de un coral de Bach pueden «gustarme», ser agradables a mi sensibilidad. El coral, en su conjunto, hace vibrar toda mi persona, con su capacidad de captar su belleza, su expresividad, su

unción religiosa, el horizonte de vida en plenitud que me abre. Esa vibración no se queda en sí misma, como sucede con las meras sensaciones, por intensas que sean; remite a la realidad que la suscita.

Los sentimientos son una fuente de conocimiento y deben ser debidamente cultivados. El buen líder promueve una auténtica «cultura del corazón», es decir, del centro espiritual en el que se decide nuestra adhesión al ideal de nuestra vida. Si deseamos firmemente este ideal, tendremos fuerza interna suficiente para dar a nuestra vida una orientación recta en toda circunstancia. De ahí se deriva una gran coherencia de vida, tenacidad, capacidad de sufrimiento, elevación de la mirada...¹².

III. CONSECUENCIAS DE LOS DOCE DESCUBRIMIENTOS

Al realizar, de forma lúcida, los doce descubrimientos antes descritos, quedamos en disposición de clarificar una serie de cuestiones decisivas para nuestra formación.

1. Si toda nuestra vida depende del ideal por el que optemos, resulta obvio que el proceso formativo debe tender a descubrir el verdadero ideal, entusiasmarse con él y optar por convertirlo en la meta de la propia vida, meta que es, a la vez, punto de llegada y fuente de energía y de sentido.

2. Al orientar cada una de nuestras acciones hacia el ideal de la unidad, dotamos a nuestra inteligencia de sus tres cualidades básicas: *largo alcance*, *comprensión* o *amplitud* y *profundidad*. Ello nos permite prever, y nos preparamos, así, para ofrecer a los demás claves de orientación sumamente eficaces.

3. Nos percatamos del tipo de filosofía que incluso los no inclinados a este tipo de estudios deben conocer a fondo y ejercitar diariamente. Es una filosofía que nos enseña el arte de pensar con rigor y vivir creativamente; nos revela cómo podemos unirnos estrechamente a las realidades del entorno, convirtiendo en íntimas las que en principio son distintas y distantes; nos ayuda a descubrir las exigencias que plantea el encuentro y cuál es la vía para descubrir los valores y el ideal. En este tipo de pensamiento filosófico se vinculan fecundamente la teoría y la praxis, la investigación y la docencia, el conocimiento y el amor... Se trata de una

¹² Los temas tratados en este apartado son explicados en *Inteligencia creativa*, págs. 105-197, y en *Descubrir la grandeza de la vida*, Verbo Divino, Estella, 2003

filosofía de la participación en lo valioso que destaca las posibilidades creativas que tiene cada persona, por poco dotada que parezca estar. Nos hallamos ante un modo de conocimiento comprometido y experiencial que constituye una forma muy valiosa de *sabiduría*.

4. Nos acostumbramos a utilizar el lenguaje de forma muy aquilatada, orfebresca, conforme a las exigencias de cada tipo de realidad. Aprendemos, de esta forma, por ejemplo, a no decir que «Dios nos *fascina*», que «debemos dejarnos *arrastrar* por los valores», que «hemos de unirnos a los demás con la intensidad con que se fusionan dos masas de cera»...

- Dios nos *atrae*, no nos *fascina*; intenta *enamorarnos* mostrándonos el valor que encierra su ser; no quiere *seducirnos*. No intenta dominar nuestra voluntad, sino darle toda la energía que procede del ideal.

- Los valores se hacen valer, pero no quieren arrastrarnos. Arrastrar responde a afán de dominio, que pertenece al *nivel 1*. Los valores se dan en el *nivel 3*, de pura bondad, justicia, verdad, belleza ¹³.

- La unidad de fusión es perfecta en el *nivel 1*, el de los meros objetos. Destruye la verdadera unidad entre los seres del *nivel 2*, los ámbitos. Éstos deben enriquecerse al unirse, no anular su identidad.

Este tipo inadecuado de lenguaje prepara el terreno a graves malentendidos que llevan a actitudes monísticas o panteizantes que destruyen el carácter personal de la experiencia religiosa.

5. Al descubrir la articulación interna de la experiencia de encuentro que podemos vivir con las obras culturales, con las demás personas y con Dios, advertimos la afinidad profunda que se da entre las cuatro grandes experiencias: la estética, la ética, la metafísica y la religiosa ¹⁴, y clarificamos el sentido profundo de los vocablos que vertebran todo estudio sobre el hombre: encuentro, intimidad, diálogo, amor, experiencia, compromiso, contemplación admirada y gozosa de las realidades creadas...

¹³ Sobre la realidad peculiar de los valores, su conocimiento, su forma de hacerse valer y las características de cada uno de ellos, pueden verse mis obras *El conocimiento de los valores*, Verbo Divino, Estella, ³1999; *El libro de los valores*, Planeta, Barcelona, ²2001; *Inteligencia creativa*, págs. 314-327, 439-460.

¹⁴ Este sugestivo tema es ampliado en mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, Verbo Divino, Estella, 1990, págs. 225-264.

6. La polarización de toda nuestra vida en torno al ideal auténtico nos confiere un grado elevado de *madurez personal*. Si deseamos el ideal de la unidad con toda el alma y hacemos de él el santo y seña de nuestra existencia, estaremos altamente motivados en todo momento y tendremos energía suficiente para integrar nuestras diferentes energías interiores, las instintivas y las espirituales. La disciplina ascética no la veremos como una coacción de nuestra legítima libertad sino como una ayuda para ser plenamente libres. Al tender hacia el ideal verdadero, se ordena todo en nuestro interior: el pensamiento, los afectos, los deseos..., y se establece una modélica coherencia entre nuestra vocación y nuestra vida diaria.

7. La madurez lograda al vivir los doce descubrimientos nos permite, por una parte, superar diversas tendencias destructivas de la sociedad actual, y, por otra, comprender endógenamente, por dentro, diversos temas decisivos en la enseñanza ética y religiosa.

7.1. Superación de ciertas tendencias destructivas:

- Neutralizamos la *manipulación* al aprender a pensar con rigor y vivir creativamente. El manipulador enturbia nuestra mente para que no veamos cómo es posible ser creativos en la vida cotidiana y crecer como personas. El antídoto contra la manipulación consiste en estar alerta frente a este fenómeno degenerativo, pensar de forma aquilatada y ejercitar la vida creativa en todos los órdenes ¹⁵.

- El *reduccionismo* lo superamos al abrirnos a la riqueza de nuestra realidad y de las realidades de nuestro entorno con las que debemos encontrarnos a fin de lograr un pleno desarrollo.

- La *superficialidad* en el tratamiento de las grandes cuestiones de la existencia queda desterrada de nuestra conducta al observar que nuestra vida personal es tanto más rica cuanto más valiosas son las realidades con las que nos encontramos.

- Al *intrusismo* renunciamos gozosamente cuando descubrimos la necesidad de hacer justicia a las distintas realidades si queremos encontrarnos rigurosamente con ellas.

¹⁵ El tema de la manipulación lo analizo en las obras siguientes: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid, 1988; *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid, 1998.

7.2. Comprensión endógena de ciertos temas decisivos en la enseñanza ética y religiosa:

Para conseguir que niños y jóvenes adquirieran un conocimiento profundo de la vida ética y la religiosa, se requiere que descubran *por sí mismos* el sentido radical de los temas siguientes:

- El lenguaje, su capacidad de crear vínculos, de comunicar no sólo contenidos sino sentimientos y anhelos. En una palabra dicha con el corazón se halla presente y actuante la vida de quien la pronuncia. La tarea primaria de la catequesis es suscitar la admiración de niños y jóvenes ante el poder expresivo de las palabras: por una parte, en la vida cotidiana, en una sentencia judicial, en la proclamación de un presidente..., y, por otra, en la Sagrada Escritura, la Liturgia, los sacramentos y la oración privada ¹⁶.

- La expresividad peculiar de los gestos corpóreos, que juegan un papel básico en el trato diario y adquieren en la acción litúrgica y sacramental una especial trascendencia.

- La importancia que encierra para nuestro equilibrio personal la convicción de que nuestra vida tiene *sentido*. El educador debe cuidarse de promover en niños y jóvenes la capacidad de trascender lo inmediato y preocuparse de las realidades y acontecimientos que no son sensibles pero deciden la orientación de nuestra existencia.

- La fecundidad que tiene el amor personal oblativo, generoso, creativo. Sólo si niños y jóvenes viven por dentro la génesis del encuentro y descubren por sí mismos que su vida de personas depende de la cantidad y calidad de los encuentros que realizan, podrán comprender a fondo la doctrina cristiana del amor y su poder creativo de vida personal auténtica ¹⁷.

- La necesidad de descubrir que nuestra libertad interior y la vinculación incondicional al Creador se exigen mutuamente y se complementan. Cuando nos obligamos radicalmente al Dios todopoderoso que nos hizo libres, somos en verdad libres con *libertad creativa*, de modo semejante a como el intérprete se siente

¹⁶ Sobre el admirable poder del lenguaje pueden verse amplias precisiones en mis obras *El poder del diálogo y del encuentro*, BAC, Madrid, ²1997; *Inteligencia creativa*, págs. 203-262.

¹⁷ Pueden verse, sobre este tema, mis obras: *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid, ³1994; *La formación para el amor. Tres diálogos entre jóvenes*, San Pablo, Madrid, 1995.

libre interiormente al ser del todo fiel a la partitura. Somos libres para actuar creativamente si asumimos de forma lúcida y voluntaria las normas, reglas y preceptos que regulan nuestra actividad y la encauzan hacia el ideal verdadero de nuestra vida.

- Las cuatro grandes modalidades de experiencia humana —la estética, la ética, la metafísica y la religiosa— coinciden en un rasgo básico: *vamos buscando una realidad valiosa en virtud de la energía que procede de ella misma*. Buscamos a Dios porque de alguna manera ya estamos en Él y Él viene a nuestro encuentro y nos invita a una relación de amistad, un compromiso de alianza. Si asumimos activamente esa posibilidad que Dios nos ofrece, tiene lugar el encuentro. Sin nuestra actitud de apertura y acogimiento, Dios no se nos revela. En buena medida, la revelación de Dios depende de nosotros, pero nosotros no somos dueños de esa revelación. En general, podemos decir que todo lo valioso se nos manifiesta cuando lo acogemos con amor, pero su valor no depende de nuestro arbitrio. En definitiva, su existencia es para nosotros un don, no un producto de nuestra imaginación creadora.

- Si sobrevolamos lo antedicho, advertimos que el método que hemos seguido permite dar a la enseñanza de la ética y la Religión el *carácter experiencial* que se viene postulando últimamente. Los niños y los jóvenes no deben limitarse a «aprender» determinados contenidos; han de hacer la experiencia viva de lo que significa vivir una vida de auténtica relación personal con los demás y vincularse gozosamente («religarse») a quien nos creó libres e inteligentes para que reconocamos su soberanía y nos convirtamos, así, en los reyes de la creación.

